

NOTAS Y COMENTARIOS

EL FACTOR POLITICO EN LA CIENCIA ECONOMICA

La complicación de la vida moderna, la estructura complejísima de cada una de las manifestaciones del acontecer mundial no son frases retóricas, sino realidades que reclaman la atención del estudioso. El teórico o técnico en materia económica que redujera sus lecturas o investigaciones a los factores de signo puramente económico respiraría una atmósfera viciada, por ignorar el carácter correlativo de los fenómenos económicos, sociales, políticos y culturales. Por otra parte, como no puede darse en nuestros tiempos el "sabio" de pasados siglos —tal como lo admiró la antigüedad o el medievo—, importa, sea cualquiera su especial radio de acción, la consulta de investigaciones ajenas a su actividad predilecta. Por fortuna, el espíritu humano nunca ha sido mero engranaje mecánico en el torbellino de la vida universal, y esta verdad, que se zafa hoy de determinismos defendidos en decenios no muy lejanos de nuestros días, exige plantear el hecho económico que se pretende estudiar con una serie de interrogantes: ¿Qué factores prevalecen en o preceden al hecho en cuestión? ¿Es producto de un desarrollo cultural? ¿Resultado de unas directrices políticas? ¿Fenómeno de una conmoción social? Cuanto más nos alejamos de fatalismos y esquematismos —repudiados en la actualidad *incluso* por la élite intelectual soviética (1)—, más nos acercamos a la realidad, que es varia, múltiple, ubérrima. No uniforme.

Pensando en el principio fundamental de la doctrina marxista, ha escrito Ortega y Gasset que un gran error es siempre

(1) V. mis *Inquietudes historiográficas de la U. R. S. S.* "Rev. de Est. Polit.", N° 91 (Madrid, 1957), p. 322.

una gran verdad exagerada, violenta. A la luz de esta observación, acertaremos a dar cabal sentido a la afirmación clave de la doctrina marxista sobre que la totalidad de la producción perfila la estructura económica de la sociedad, base real del proceso social, político y espiritual de la vida humana (2).

¿Cómo acertar? Rechazando la inmutabilidad del orden de los factores en ese fatal encadenamiento; alternándolos según el momento histórico objeto de nuestro interés en consonancia con las respuestas a las preguntas que en el párrafo anterior relacionábamos. Sólo así el historiador de la economía, por ejemplo, se situará en el terreno de filosofía práctica, vital, en el que el maestro español aconseja asentar las plantas a todo trabajador intelectual (3). Estas razones y otras muchas para las que no tenemos hoy espacio justifican la recomendación que hacemos en este comentario de dos obras de tipo eminentemente político y diplomático que, teniendo en cuenta la correlatividad señalada antes, hará bien el economista en echar mano de los datos que proporcionan.

Pierre Renouvin, profesor de la Sorbona y miembro del Instituto de Francia, en colección dirigida por su larga y prestigiosa experiencia historiográfica, ofrece en dos volúmenes un panorama de las crisis de nuestro siglo XX. Las económicas, sin proponérselo el autor, resultan siempre decisivas. En el primero de los mencionados volúmenes (4), registramos la solvencia de su elaboración al pasar revista a las bibliografías generales y especiales de cada capítulo, bibliografías minuciosas, seleccionadas de los más diversos países —en doce lenguas— de las que se destacan las referencias a cuestiones económicas y financieras (5). Obligados a compendiar más que a resumir el contenido del volumen, haremos constancia del desarrollo de los objetivos diplomáticos de los estados europeos al estallar la P.G.M. En narración —imparcial para las grandes nacionalidades, parcial tal vez con alguna de las balcánicas—, asistimos

(2) *Kritik der politischen Oekonomie* (1859), p. LV.

(3) Atisbos de esta honorable postura se encuentran ya en el consejo de Federico el Grande: "Wahr zu sein ist in der Geschichtschreibung also viel; es ist aber nicht alles. Man muss auch unparteiisch sein, mit Wohl und Urteil schreiben und vor allem die Dinge mit philosophischem Blick betrachten und prüfen". (V. *Die Werke Friedrichs des Grossen*, Berlín, 1913, t. II, p. 271).

(4) RENOUVIN, PIERRE: *Les crises du XX^e siècle. I. de 1914 à 1929*. (T. VII de la "Histoire des relations internationales") París, Hachette, 1957; 376 pp. + mapas.

(5) En este campo se deben los estudios monográficos, ante todo, a la Dotación Carnegie; posteriormente, a la información de la S. D. N. y a la Oficina Internacional del Trabajo.

a la entrada de los países neutrales en la guerra; al hundimiento de Rusia, Austria-Hungría y Alemania; al impacto de las ideas de Wilson, principalmente la autodeterminación, entre las masas asiáticas y africanas. Como consecuencia lógica de las ideas wilsonianas, vemos surgir nacionalismos amenazadores, que los "mandatos" no logran sofocar; comprendemos también por ellas los problemas suscitados por el trazado de fronteras en Polonia y los Balcanes, así como por la presencia de Italia en el Adriático. Con claridad, supongo que dolorosa para todo norteamericano consciente de nuestros días, aparece el triple repudio de Wáshington al tratado de Versalles, a la Liga de Naciones y al tratado militar con garantías para Francia. Marca este repudio el crudo realismo de la diplomacia europea en los años 20, con carácter preferente la cuestión alemana —pacto de Locarno, planes Dawes y Young—, las relaciones de la Rusia soviética con el resto del viejo continente y, con angustia creciente, la búsqueda de seguridad colectiva.

En el dominio estrictamente económico y financiero, la posición de Hispanoamérica cobra relieve inusitado en comparación con la pasividad y adormecimiento anteriores. En América central el influjo de los EE.UU. no tiene rival. Con excepción de México y Costa Rica —que prefieren capitales europeos—, la hacienda de las pequeñas nacionalidades centroamericanas está en manos de la banca norteamericana. Sin entrar en detalles, consignemos la preponderancia que asimismo van tomando las inversiones estadounidenses en las plantaciones, minas, obras públicas, equipo eléctrico, vías férreas, petróleo... En la explotación de este último producto, los EE. UU. encuentran tenaz resistencia en México, resistencia que Dwight Morrow, embajador y —en privado— uno de los directores de la Banca Morgan, se imagina aniquilar en marzo de 1928. Con respecto a Sudamérica, hay que destacar —de 1920 a 1930— el desarrollo de las industrias de transformación y la explotación de los recursos del subsuelo. Unos y otros impulsos necesitan de maquinaria, técnicos y capital. Europa se esfuerza en brindar lo que los EE. UU. consiguen con relativa facilidad. En general, los estados sudamericanos no olvidan el concurso financiero de Gran Bretaña, pero las grandes bancas de Nueva York y el espíritu de empresa de los ciudadanos de la Unión llevan la ventaja. En 1928 las inversiones de capital norteamericano en la Argentina alcanzan 616 millones de dólares, 342 millones en el Brasil, 60 millones en el Uruguay, en seria amenaza para los intereses británicos. En Chile y el Perú se equilibran las inversiones europeas y estadounidenses. En Colombia, Bolivia y Venezuela ganan las últimas. En cifras redondas, los capitales yanquis invertidos en Sudamérica, que en 1913 no pasaban

de 170 millones, llegan a 2.294 millones en 1929, con la consiguiente penetración económica, recalquemos, a pasos de gigante.

El segundo volumen de la obra del profesor Renouvin (6), historia y no simple narración, merece el elogio bibliográfico puesto antes de manifiesto, a pesar de las lagunas de materiales confesadas, achaques que no podrán imputarse al autor sino a la reducida perspectiva de que disfrutamos para trazar el cabal cuadro histórico del período. Aun cuando afirma el autor que no es la crisis económica la causa determinante de los conflictos internacionales, subrayemos que entre las nuevas condiciones en que se debaten los pueblos en el último decenio de paz, la crisis económica de 1929-1933 ocupa el primer lugar. El estallido del 24 de octubre de 1929 en la Bolsa de Nueva York provoca un pánico incontrolado en el mundo de los negocios —bancos, empresas industriales—, que al año siguiente se extiende a la agricultura debido a una prolongada sequía durante el verano. Esta crisis norteamericana se propaga con caracteres brutales en Europa central y occidental. Los intentos de repatriar capitales motivan por todas partes reducción de créditos e inquietud creciente. Las catástrofes de la hacienda pública —y de rechazo las privadas— se suceden en cascada. Austria es la primera en sufrirlas, y a continuación Rumania, Hungría, Gran Bretaña —cuyas drásticas medidas repercuten en veinte estados, de Finlandia a Sudamérica—. Francia resiste algún tiempo pero sucumbe al fin. Esta crisis, que se manifiesta al principio en el terreno financiero —con características espectaculares—, presenta aspectos económicos más profundos: baja de los precios, baja de la producción industrial, baja de los cambios comerciales internacionales. Se pone en entredicho el individualismo, la libre iniciativa, la figuración de los precios por el juego de la competencia. Los treinta millones de parados plantean con tintes sombríos la cuestión social. Los horizontes precarios e inseguros con que aparece el destino del régimen capitalista inspira a J. M. Keynes. Del hecho concreto y brutal de la crisis económica surgen consecuencias nacionalistas —con las secuelas de espacio vital, racismo y, en parte, misticismos trasnochados que conocemos— y psicologías de muy variado signo, que mueven a conceder peso mayor al *Willen zur Macht*, a la voluntad de poderío impulsada por individuos situados en la cima o por fuerzas colectivas, profundas, no menos decisivas.

Salta a la vista que el tema central de este segundo y último volumen de Pierre Renouvin es la S.G.M., cuyo pivote, reco-

(6) RENOUVIN, PIERRE: *Les crises du XX^e siècle. II. de 1929 à 1945.* (T. VIII, "He. des rel. int.") París, Hachette, 1958; 426 pp. + mapas.

nocido por la mayoría de los historiadores contemporáneos en el paso de la paz a la guerra, es el año 1935. En este congojoso tránsito de la seguridad colectiva a la anarquía internacional se escalonan otra serie de hechos, que para muchos siguen siendo enigmas: el ataque de Mussolini contra Abisinia, la retirada poco gallarda de Gran Bretaña, la pasividad francesa frente a la recuperación nazi en el Rin, la actitud rusa y las vacilaciones de Hitler en la penúltima hora. Dejando para un futuro más sereno la valoración del Führer —¿hombre con planes lentamente madurados u oportunista?—, las páginas del profesor de la Sorbona nos dan información preciosa sobre la campaña de Francia (7); apuntan dudas acerca de la invasión alemana de Rusia; resaltan la tremenda violencia del ataque japonés al Puerto de las Perlas, acicate para la intervención de los EE. UU. en el conflicto; muestran la imposibilidad de negociar con el déspota alemán y señalan la peligrosa amenaza de los pueblos de color. En el balance de la S.G.M. se consigna en este volumen, como no podía menos de hacerse, la prosperidad americana. De esta prosperidad cabe relacionar la parte correspondiente a Hispanoamérica, área que adquiere ventajas enormes como proveedora de primeras materias y productos alimenticios. Sin participación ninguna en los beneficios de las masas rurales y proletarias, la prosperidad a que venimos refiriéndonos se concreta en las industrias extractivas indispensables para las fabricaciones de guerra: estaño y tungsteno en Bolivia; bauxita en Brasil; petróleo en Bolivia, Venezuela y Brasil. Otro renglón se integra con los productos oleaginosos, el caucho, los de las industrias textiles y siderúrgicas en Argentina y Brasil. El resultado global para la América hispanoparlante se hizo visible, como sabemos, en los magníficos superávits de la balanza comercial, las reservas en oro o en divisas y la puesta en marcha de la industrialización. Termina el volumen con la alineación, en perspectiva inquietante para los años 60 del siglo XX, de los movimientos emancipadores en Asia, Próximo Oriente y África.

Retrocediendo en el tiempo y, en cierto modo, reduciendo el panorama, conviene que nos hagamos cargo de otra obra excelente, escrita ésta por el académico español, de la Lengua y la Historia, don Melchor Fernández Almagro (8). Para todo

(7) Como apéndices a ella la destrucción de la flota francesa en Toulon, urgente para Inglaterra, y el carácter explosivo del Norte de África, preocupación de Hitler.

(8) FERNANDEZ ALMAGRO, M.: *Historia política de la España contemporánea*. Ts. I y II. Madrid, Pegaso, 1956-1959; 612 y 928 pp., respectivamente, con apéndices y numerosas ilustraciones.

ciudadano hispanoamericano es natural que cobren subido interés sus páginas. Los economistas —profesionales o aficionados— encontrarán en ellas el fondo político indispensable para comprender el proceso cabal del fenómeno económico, del año 1868 hasta, por ahora, el de 1902. Etapa de consolidación de las jóvenes repúblicas americanas y también, no lo olvidemos, de lucha encarnizada en el Caribe por la independencia de los últimos jirones —Cuba y Puerto Rico— de un secular y señorial imperio. Para todo ciudadano, puntualizo, con raigambre en esta tierra americana la revolución española de 1868, el reinado de don Amadeo de Saboya, el de don Alfonso XII y la regencia de doña María Cristina son episodios no del todo extranjeros en su memoria, o en la de sus padres y abuelos (9). Del primero al último, para bien o para mal, estos episodios están enlazados a la propia historia de todas las repúblicas desde Río Grande del Norte hasta la Tierra del Fuego. Por tanto, a su economía, a su estructura social y política, a su espiritualidad, los cuatro factores correlativos aludidos al principio y que en estos años se enriquecen con elementos procedentes de toda Europa, amén de los que llegan, galopando, con el marchamo del coloso estadounidense.

En la historia sistemática, flúidamente redactada por Fernández Almagro, se articulan esos reiterados factores, que para España lo son de indiscutible crecimiento en todos los órdenes de la vida. Incluso la industria, claro está. Pongamos un ejemplo típico, que confirmará, además, lo que con insistencia repetimos. A partir de los años 80 del pasado siglo, el cariz amenazador de la insurrección cubana pone en peligro las remesas de azúcar de caña que regularmente llegaban a España de la perla de las Antillas. Es este peligro el que mueve a incrementar la producción de azúcar en la misma península, en previsión del corte radical que se temía. De las dos fábricas con que contaba la industria azucarera en España en 1882, se pasa a dieciséis efectivas en 1899, sin incluir otras ocho en construcción y veintidós en proyecto. Véase aquí invertido el orden de los factores clásicos: la conmoción social en los cubanos provoca una guerra de la que nacen nuevas directrices políticas en ambos lados del océano, planteando, a un tiempo mismo, nuevas realidades económicas. Antes y después motivos sentimentales, líricos, espirituales en una palabra. Y ya que al desastre por antonomasia nos referimos, bueno será recalcar una vez más la ineficacia, la corrupción, la incompetencia, la inmoralidad y el favoritismo de los españoles que se habían atribuido

(9) ¿Quién de estos dejó de leer, por ejemplo, los artículos de Emilio Castelar, que reproducían los principales rotativos de todas las Américas?